

en adelante más deseos que los suyos. Aceptadlos en satisfacción de mis pecados y en acción de gracias por todos vuestros beneficios. Aceptadlos para concederme por sus méritos todas las gracias que necesite, y sobre todo la de la perseverancia final. Aceptadlos como otros tantos actos de amor, de adoración, de alabanzas que ofrezco á vuestra Divina Majestad, puesto que únicamente por él es honrado y glorificado. Amén.

PRACTICAS EXPIATORIAS

PARA LA

Confesión y Sagrada Comunión.

Nos falta que decir algo sobre el espíritu de expiación que ha de acompañar y animar la recepción de estos Sacramentos.

LA CONFESION.

Entre las cualidades de la

confesión, dos de ellas principalmente simpatizan con la expiación y pueden elevarla poderosamente. La humildad y el dolor: cuando nos preparemos para la confesión y se le quiera dar el carácter propiamente expiatorio, humillémonos delante de Dios: humildad al examinar-nos; humildad al declarar nuestras culpas; humildad al aceptar la penitencia, y después al cumplirla. La humildad es la llave del cielo que nos han cerrado los pecados. La humillación es la que nos hace más semejantes con la divina víctima. Produce en nuestra alma estos dos sentimientos; reconocernos pecadores delante de Dios, y que por lo mismo tenemos necesidad de satisfacerlo y aplacarlo; y que Dios infinitamente bueno y misericordioso, se deja fácilmente aplacar. Según aquello de David (Salm. 50): *No despreciarás un corazón contrito y humillado.* ¿Que-

réis exitaros á contrición? Sacad los motivos de parte de Dios ofendido. S. Bernardo dice, [16 super Cantic.] Acuérdate que es Dios al que has ultrajado; Dios tu Criador, tu Bienhechor, tu Padre; Dios, tu soberano dueño: te has hecho culpable y criminal por razón de todos estos títulos que tiene con respecto á tí, *ad omnia reus es*. Son, pues, todos esos títulos los que deben servir de motivos á tu dolor; *plange per singula*.

Un Santo Obispo de Amiens, persuadido de que la contrición es un dón de Dios; después de hacer fervorosas oraciones para obtenerla de la bondad divina, hacía tres grandes estaciones ó paradas. La primera en el infierno que se merece por el pecado mortal; con el objeto de excitar en su alma un vivo temor de los juicios y castigos de Dios. En seguida se remontaba á la mansión de la gloria; dolíase de que el pe-

cado le hubiese cerrado sus puertas. Esta segunda estación, le servía para abrir su corazón á una dulce confianza en la misericordia del Señor.

En fin, para excitarse á un tierno amor hácia Dios, trasladábase con la imaginación al Calvario, y allí fijando su vista con atención y ternura en la divina Víctima que expiaba los pecados del mundo, se decía á sí mismo: "He aquí mi obra, yo soy la causa de los dolores y humillaciones que mi Salvador ha sufrido; yo he cooperado con mis pecados, junto con los otros pecadores, á cubrir de llagas el Cuerpo de un Hombre-Dios, á crucificarle, á darle la muerte. ¡Oh Jesús! ¿qué mal me habéis hecho? ¿cómo he podido yo trataros así, á Vos que me habéis amado hasta el exceso, á Vos, á quien debería yo amar con un amor infini'o?"..... ¿Qué frutos tan saludables no sacaríamos de

nuestras confesiones, qué progresos no haríamos en los caminos de Dios, si siguiésemos el método de aquel virtuoso Prelado, en el cual hallamos á la vez los motivos de contrición y los medios de excitarnos á ella?

La confesión, pues, será verdaderamente expiatoria si es humilde y dolorosa. Puede confirmarse esto con dos notables ejemplos, que á la vez sirven de modelo.

El de David, que al ver á la peste arrebatarse setenta mil hombres de sus vasallos, se humilla delante de Dios, y lleno de dolor le dice: "Yo soy el que he pecado, yo he obrado inícuamente: ¿qué han hecho éstos, que son las ovejas? vuélvase, te ruego, tu mano contra mí, y contra la casa de mi padre." 2.º Reg. 24, 17. He aquí una confesión verdaderamente expiatoria, basada en la humillación y en el dolor.

El otro ejemplo es el de María Magdalena, humillada á los pies de Jesucristo en casa de Simón el Fariseo; la cual, con un profundo dolor nacido del más grande y generoso amor, ofrece aquella verdadera y solemne expiación por sus culpas pasadas: al grado de merecer estas consoladoras palabras: "Se le han perdonado muchos pecados, porque ha amado mucho." [S. Lucas, cap. 7.º]

COMUNION. — PRACTICA EXPIATORIA.

La Sagrada Comunión es el acto que más aproxima á nosotros la divina Víctima. Cuando Jesucristo instituyó la santísima Eucaristía, quiso que fuera para hacer una continua memoria de su muerte: bien claro lo expresan sus divinas palabras: "Este Cuerpo que será entregado por vosotros; esta Sangre que

será derramada por vosotros.” Y San Pablo, [Corint. 1.^a, 11] nos dice: “Todas las veces que comiéreis este pan, y bebiéreis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta su segunda venida.” Es decir, recordaréis de una manera especial la muerte del Señor. A este propósito dice Teofilacto: “Cuando recibís la Eucaristía, debéis estar poseídos de tal afecto, como si estuviérais presentes en la noche de la Cena; y como si recibierais del mismo Cristo el sagrado Pan: porque es la misma cena á la cual estuvieron presentes los Apóstoles, y anunciamos la misma muerte á que Cristo se aproximaba.”

“Es de notar, dice A. Lapede, que Cristo manda que se anuncie su muerte cuando comulgamos, de preferencia á otros hechos de su vida; porque con su muerte se consumó su testamento, su última voluntad, nuestra

redención y su grande amor para con nosotros, por el cual sufrió la muerte: y de todo esto es la Sagrada Eucaristía un recuerdo perpetuo.” Y S. Basilio: “anunciamos la muerte del Señor, cuando morimos al pecado y vivimos para Cristo; ó cuando el mundo está crucificado para nosotros y nosotros para el mundo.”

Además, el Apóstol [ad Philip 2, 5], nos exhorta á que procuremos sentir con él afecto lo mismo que Cristo sintió por nosotros desde su Encarnación hasta su muerte. ¿Cuáles serían los sentimientos del Salvador divino, en el momento de su sacrificio en la Cruz?... Sentimientos dignos y propios de una víctima divina é infinita, que puesta en lugar de todo el género humano, ella sola puede comprender:—la gravedad del pecado—la desgracia del hombre caído, la terribilidad de la Justicia divina y

de sus castigos—la necesidad de la satisfacción y expiación que solo él, únicamente él, podía ofrecer al Padre plena y superabundante. Y así, para cumplir esta necesaria y grande expiación, viene, desde el huerto de Getsemaní, sufriendo en su cuerpo sacratísimo, bofetadas, salivas, azotes, coronación de espinas, crucifixión y toda clase de atropellos, y en su alma y en su amorosísimo Corazón, ¡oh! la vergüenza, la confusión, las burlas y el escarnio, la infamia, la ignominia, la deshonra, la ingratitude. ¡Ah! la ingratitude de un pueblo á quien había amado y colmado de beneficios.

Estos fueron los sentimientos de la divina Víctima; primero en la Cruz, actualmente en el Altar. Mas la Cruz y el Altar, objetos los más sagrados y los más próximos á la divina Víctima, son instrumentos puramente materiales, en ambos sacrifi-

cios; sin entendimiento y sin voluntad, no han sido capaces de sentir lo que sintió la divina Víctima. Y aun cuando esta divina Víctima, al realizar el sacrificio cruento de la Cruz, no necesitó compañía alguna, según este vaticinio [Isai. 63, 3]: "*Torcular calcavi solus*. El lagar pisé yo solo, y de las naciones no hay hombre alguno conmigo," sin embargo, al instituir el sacrificio incruento del altar, conmemorativo de aquel de la Cruz, no quiso el segundo Adán estar solo, sino que se busca y elige una compañera con quien compartir los sentimientos de su grande y divina Expiación.

Esta compañera es el alma fiel que le recibe en la Comunión para anunciar la muerte del Señor, y que debe sentir lo que sintió la divina Víctima al sacrificarse en la Cruz. "*Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu*. Participad en vosotros de

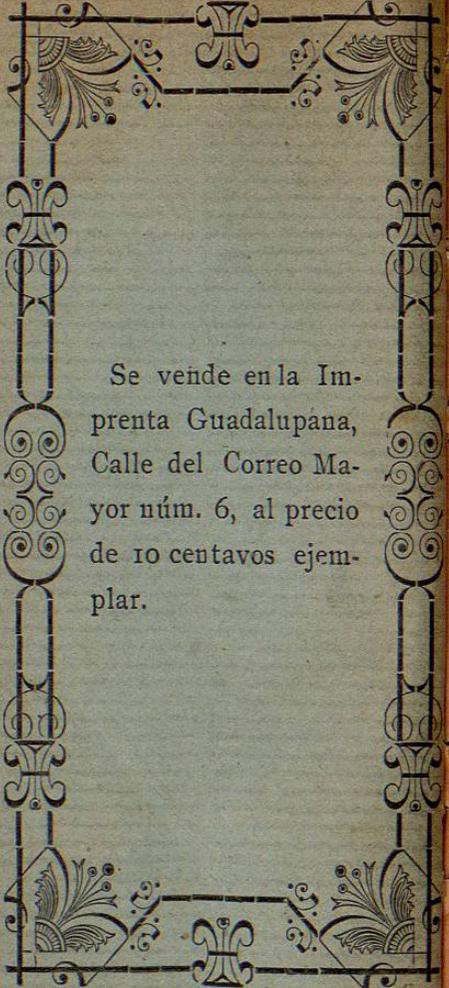
los mismos sentimientos de Cristo Jesús." ¡Qué dicha para el alma que comulga! ¡qué obligación de corresponder á esta elección! No olvidéis jamás este pensamiento al comulgar. Así, pues, como la Cruz recibió á Jesucristo y lo sostuvo tres horas mortales, el alma que comulga debe extender los brazos de su entendimiento y de su voluntad para recibir á la divina Víctima y sostenerla durante los breves momentos que reside en su pecho, Pero siendo el alma una cruz viva, animada é inteligente, capaz de sentir, debe participar de los mismos pensamientos y sentimientos que la divina Víctima, durante su grande y solemne expiación. "*Hoc enim sentite in vobis.*" ¡Qué sentiría la Madre del Redentor al pie de la Cruz, y cuando recibió el Cuerpo Santísimo de su divino Hijo, en sus virginales brazos, al bajarlo de la Cruz? Esto

conviene recordar y procurar de algún modo sentir.

¡Oh Mujer fuerte, Reina de los Mártires, Corredentora y Madre de los hombres! concéde-me que yo participe de tu dolor y que logre sentir lo que tú sentiste al asistir llena de fortaleza y de generosidad al Sacrificio de la Cruz, siempre que yo tenga la dicha de recibir á la divina Víctima en la sagrada Comunión.

De una manera semejante se puede hacer al asistir á la Santa Misa y á todo otro ejercicio piadoso, como el Viacrucis, dando á todo un carácter expiatorio; animándolo todo, y por decirlo así, obilgándolo todo, al espíritu de Expiación.

O. A. M. D. G.



Se vende en la Im-
prenta Guadalupana,
Calle del Correo Ma-
yor núm. 6, al precio
de 10 centavos ejem-
plar.

LA HORA DELICIOSA

A LOS PIES DE

Jesús Sacramentado

POR EL PBRO.

Atenógenes Segale.

TERCERA EDICIÓN.

MEXICO

Librería Católica de José I. Gloria Librería de la "Propaganda Católica"
San José el Real No 21. Escalerillas núm. 17.
1899

Asegurada la propiedad.